

porque en él encontraron  
el fulgor rutilante  
de los astros.

Esa es una gran cosa:  
admirar los objetos  
que están a nuestro lado  
y simplemente porque  
en ellos encontramos  
algo de parecido  
con cosas de lo alto.

Y eso es ver al contrario  
de muchos, en los cuales  
gravitan vagamente  
lo ruín y lo prosaico,  
que estiman las estrellas  
porque a ellos les parece  
que acaso sean iguales  
a estas bagatelas  
que los rodean, abajo.

Los indios admiraban  
la luz que se extendía  
sobre las vigorosas  
y fértiles llanuras,  
pero tenían un culto  
más profundo y más alto  
para las luminarias  
que van por la anchurosa  
quietud de las alturas.

Adoraban el sol,  
la luna y las estrellas;  
era un dios para ellos  
cada bello planeta  
y al mirar la sonrisa  
de cada lucesita  
se sentían como viejos  
con barba de Profeta.

Y se sentían viejos,  
y en su semblante adusto  
se reflejaba el mundo  
de lo desconocido;  
sus almas emigraban  
hasta el azul sereno  
y volvían angustiados  
como de un legendario  
Paráiso Perdido.

Eran indios con alma  
como todos los seres;  
latía en sus entrañas  
un corazón ardiente  
como en todos los hombres;  
y la nueva cultura  
que llegaba de Europa  
los llamó indios salvajes  
porque andaban desnudos  
casi todos,  
y por eso juzgaron  
que eran tontos y rudos.

Y esa nueva cultura  
fué perdiendo los indios,  
que morían, fatigados  
allá en los arrabales,  
y en vez de ellos quedaron  
los otros, indios blancos,

los indios con corbata  
de los tiempos actuales.

Y por fin, recordemos  
que eran como nosotros:  
sus mujeres tenían  
grande amor al trabajo  
y amor a los placeres;  
y los hombres tenían  
sentimientos de orgullo,  
valor y gallardía  
y también un ardiente  
amor a sus mujeres.

Por todas esas cosas,  
¡oh América!  
te bendicimos hoy  
con la completa pompa  
de todos los rituales,  
pues tu futuro magno  
se yergue imperturbable  
sobre tu vieja raza  
viril y formidable,  
y ardorosa y fecunda  
como tus misteriosas  
mesetas tropicales.

Y ahora, de tu presente  
mejor digamos poco,  
que no es muy halagüeña  
tu situación,  
tu estado actual:  
eres ánfora llena  
de promesas y esperanzas  
pero hay algunas cosas  
que van un poco mal.

América, tú empiezas  
allá, en el Polo Norte  
y terminas  
allá, en el Polo Sur;  
eres deidad enorme  
viviendo bajo un cielo  
de perlas y de azur.

Y tienes hijos libres,  
pero otros esclavos  
sobre los que otros grandes  
derramaron su hiel:  
Uncle Sam, por ejemplo,  
es un viejo muy rico  
y es tu hijo también,  
pero por sus banqueros  
y por sus diplomáticos  
se ha hecho un viejo terrible,  
voraz, astuto y cruel.

Por supuesto que el pueblo  
a tus grandes ideales  
habrá seguido fiel:  
es un gran hormiguero  
diligente, esforzado,  
es un enorme enjambre  
laborando su miel.

Pero esos banqueros,  
que son tan peligrosos,  
van socavando siempre  
tus moradas de honor;  
¡oh América!

invoca la justicia,  
la lealtad, la hidalguía,  
para que regeneren  
el alma a los banqueros  
y a los politiqueros  
que viven en New York.

Pero otros países  
se esfuerzan y trabajan;  
su trabajo es un himno  
compuesto en tu loor;  
México, por ejemplo,  
se agita, bulle, hierve,  
y va por los caminos  
serenos del honor.

Y como México, otros:  
Argentina es una  
escuela de ideal;  
Chile también se mueve,  
y en los otros países,  
por lo menos se agita  
el grupo intelectual.

Los de origen latino  
trabajaremos mucho  
ante la amenaza  
terrible del Tío Sam:  
en su trabajo fuerte  
iremos a imitarlo,  
y ante sus falsías  
alzaremos radiante  
nuestra fuerza moral.

Por eso te creemos  
una caldera llena  
que no hace más que hervir;  
avanzas, como una  
peregrina histórica,  
pero verás un día  
sobre tus sienes  
una diadema de oro  
relucir.

¡Oh América! He aquí  
lo que más quería decirte:  
tu porvenir es grande,  
parece un cofre de oro  
con corazones rojos...  
He columbrado el porvenir  
que te espera o te busca  
en el mar impetuoso  
de las horas.

Se escuchan melodías  
que llegan hasta el alma;  
es un tropel de ideas  
vehementes y sonoras;  
parece que incitaran  
a tus hijos que piensan  
a beber en el cáliz  
dorado de las horas.

Lo malo ha de quedarse;  
lo malo ha de rodar  
por las laderas del olvido,  
que es un enorme abismo;  
se quedarán los necios  
y los politiqueros,  
los prestamistas con sus dineros